

# CRÓNICAS

---

## PREMIO NACIONAL DE PAZ



# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosas

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	VII
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

<b>LA FAMILIA AUSENCIA</b> <i>Cristian Valencia</i>	<b>131</b>
<b>CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN</b> <i>Pilar Lozano</i>	<b>145</b>
<b>EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS</b> <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	<b>161</b>
<b>“HERMANO PARA SIEMPRE”</b> <i>Marta Ruiz</i>	<b>187</b>
<b>VOLVER A EMPEZAR</b> <i>Sandra Janer</i>	<b>199</b>

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas



silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceptar su maquinaria de guerra, confiado en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# VOLVER A EMPEZAR

---

SANDRA JANER\*

El desplazamiento forzado es el más emblemático ejemplo de la crisis humanitaria que vive Colombia. La comunidad de Unión Peneya, en Caquetá, tuvo que abandonar masivamente su territorio cuando los combates se hicieron insostenibles. Pero se unieron para regresar, y reconstruir un pueblo que encontraron completamente destruido y saqueado. Por su coraje y capacidad de lucha, fue reconocida con el Premio Nacional de Paz 2009.

---

\* Sandra Janer Patiño nació en Barranquilla hace 31 años. Es comunicadora social y periodista de la Pontificia Universidad Javeriana, donde recientemente se graduó de la maestría de Relaciones Internacionales. Trabajó durante los últimos 9 años en la revista *Semana* y actualmente es profesora del colegio Nueva Granada.



**A** las 5:30 de la mañana la Unión Peneya despierta. Sin importar el fuerte aguacero que extrañamente no oculta el sofocante sol, el primer negocio en abrir sus puertas es la tienda Todo al Costo. Escampa y llegan los más madrugadores a comprarle desde huevos hasta plaguicidas a 'doña Marta', quien en realidad se llama Linsadis Romero. Sus clientes prefieren decirle así porque les cuesta pronunciar su verdadero nombre. A ella, como muchos de los habitantes de la región, se le nota la prevención para contar lo que sucedió hace ya casi seis años, cuando los 3.000 pobladores tuvieron que dejarlo todo y huir en estampida por culpa del conflicto. —¿Verdad que si uno mira desprevenido aquí parece que nada hubiera pasado? —dice orgullosa porque su mercado volvió a arrancar de cero y es casi tan próspero como cuando tuvo que abandonarlo, para luego encontrarlo a su regreso destruido, en ruinas, saqueado, como todo el pueblo.

—Yo me prometí no llorar. Ni siquiera lo hice cuando no pude reconocer mi propia casa detrás de la maleza por los tres años y 23 días de ausencia —recuerda. Ese es un lapso que todos en la Unión repiten de memoria: es a la vez el símbolo del dolor del desplazamiento y el de la victoria de una comunidad que no se dejó vencer y renació. —Esa misma noche del retorno nos pusimos a echar rastro. Dormimos encima de los colchones que estaban podridos, por miedo a las culebras. Lavé los estantes y a los tres días, gracias a un préstamo, ya había arrancado con la tienda vendiendo útiles de aseo y verduras —cuenta emocionada, como para dejar claro de qué está hecha. Hoy su tienda abastece a tres hogares comunitarios de niños desplazados y al Bienestar Familiar.

La misma experiencia la han vivido los dueños de las cinco o más droguerías que hay, así como los que levantaron sus almacenes de calzado, las cacharrerías, discotecas, puestos de arepas y jugos, las sastrerías, y demás negocios que devolvieron la vida al pueblo en el que hoy habitan alrededor de 2.000 personas. Las mismas que ganaron en 2009 el Premio Nacional de Paz por su valor para retornar por iniciativa propia, desafiando el miedo a los distintos actores armados. Por volver en medio de las dificultades producidas por la erradicación de los cultivos ilícitos y el empeño de la guerrilla por recuperar el control de la zona; y pese a la desconfianza en un Estado que por mucho tiempo los tuvo abandonados.

Sin embargo hay permanentes recordatorios de que su lucha continúa. En alguna esquina no falta la casa que está vacía desde aquella madrugada de enero de 2004 cuando sus ocupantes hicieron caso a la orden que había dado la guerrilla, la única autoridad real que conocieron por más de 30 años, de desalojar la zona si se aparecía el Ejército. Hacia las afueras del caserío hay niños que todavía juegan a adivinar si eso que alcanzan a divisar en el cielo es un avión de los que fumigan o de los que patrullan la zona. Y cuando se les pregunta a los mayores por los ruidos que interrumpieron la tranquilidad de la noche anterior, hablan con una naturalidad dada por la costumbre, de explosiones y balaceras en lo profundo de la selva debido a los enfrentamientos entre el Ejército y reductos de las Farc. Incluso no faltan los que dicen que las tablas de sus casas de madera de vez en cuando alcanzan a vibrar. Quizá por eso hay algunos menos optimistas como José Romero, padre de Linsadis: —¡Qué paz!, la paz es un fusil, es mentira —refunfuña cuando se le pregunta si se siente orgulloso por el galardón recibido por la comunidad.

El desencanto del hombre de 78 años se debe a que, como antiguo morador de este lugar a orillas del río Peneya, lo conoció hace cuatro décadas cuando de la nada sus habitantes lo construyeron con sus propias manos. Tanto esfuerzo le hizo merecer el nombre de la Unión.

## TODO TIEMPO PASADO...

—Esta siempre ha sido una tierra como para flojos, porque en ella se da de todo sin necesidad de mucho esfuerzo —comenta don José, quien todavía saca pecho por su cañaduzal, “el único del que sale una panela blanquita”. Precisamente tentado por la posibilidad de adquirir un buen terreno llegó del Tolima con seis hijos, cuando “todo esto era pura selva. Y aquí nacieron los otros seis”.

Recuerda las dificultades que vivían en aquella época cuando a quienes se encontraban en la zona ribereña les tomaba dos días alcanzar la cabecera municipal a lomo de mula, y la mejor opción para comprar víveres y acceder a mínimos servicios de salud era gastar unas 15 horas a pie hasta el caserío más cercano que era El triunfo, en la vereda Paletará.

Allí vivía un líder liberal llamado Saturnino Díaz, también tolimense, que se había asentado en el Caquetá con su familia huyendo de la violencia partidista. Su hija Neruda Díaz, directora de Fundacomunidad, organización que postuló a la Unión al premio de paz, cuenta que “esos hombres y mujeres eran los más desplazados de los desplazados por la pobreza. Los colonos subsistían con la caza, la pesca y el aserrío, y morían de paludismo y picaduras de serpiente. Cuando tenían que auxiliar a un enfermo viajaban con él en hamaca, pero muchas veces cuando llegaban ya era tarde”.

Para facilitarles las condiciones, Díaz y varios pobladores del Peneya como Luis Llanos, Eulogio Olivera y Alfonso y Rosendo Motta, decidieron fundar lo que en la actualidad es la inspección de Policía la Unión Peneya, ubicada en el municipio de la Montañita. Por eso en enero de 1969 unas 20 familias a punta de machete, madera y paja empezaron a construir el pueblo en los potreros de don Alfonso, a cultivar maíz y arroz, sin ayuda de las entidades estatales “que pensaban que arriesgarse a hacer presencia en un lugar tan remoto y con tan poca gente era una locura”, agrega Neruda. Pero su ubicación estratégica la convirtió en el único centro poblado al que confluían muchas veredas, y eso la hizo crecer rápidamente. Tanto que hasta podía aspirar a ser municipio.

Mientras a algunos habitantes se les nota el recelo para hablar, a don José no le tiembla voz al reconocer que las cosas cambiaron desde que a mediados de los años 70 llegó la guerrilla para imponer su ley. —Yo me tuve que retirar de aquí un tiempo por sus amenazas, porque me advirtieron que me iban a matar. No sé por qué. Yo era conservador pero nunca profesé un ‘viva’ por fulano o sultano. La violencia es una tontada —apunta. Y como buen evangélico, una religión que muchos de sus vecinos profesan, termina su reflexión—: Se la inventaron los que se creen los dueños del mundo, cuando el dueño del mundo es solo uno, Dios, el único que me ha guardado.

### QUIÉN ES EL ENEMIGO

En la Unión Peneya no faltan chistes irónicos de que se trata de una Inspección de Policía en la que no hay ni inspector ni policía. A esta última no la ven con tan buenos ojos, pues si se establece una estación el pueblo muchos creen que se convertiría en blanco de los subversivos. Por otra parte dicen que desde hace varios años no hay quien se le mida a ser inspector en un lugar con una situación que aún es complicada. No olvidan que en 1976, cuando las Farc aparecieron por primera vez en el pueblo, el primero en ser asesinado fue quien ocupaba ese cargo. Así lo cuenta Abelardo Ortiz, constructor, dueño de un local para llamadas telefónicas —pues en la Unión no hay señal para celulares— y actual presidente de la Junta de acción comunal, cargo desde el cual ejerce el verdadero liderazgo del pueblo.

Tiene 45 años y todavía en su memoria guarda la imagen de una noche de diciembre, cuando tenía 12 y vio a unos extraños vestidos de camuflado. —Llegaron donde el cura de entonces, reunieron a la gente en la plaza de mercado y se presentaron. Compraron cosas en los almacenes y nos dieron regalos de navidad a los niños —recuerda. En esa incursión no solo asesinaron al inspector sino también a dos de sus líderes que eran comerciantes y que aparecieron al otro lado del río.

Pero aquellas décadas no solo estuvieron marcadas por el imperio de la guerrilla, en especial del frente 15 de las Farc, sino también por el reinado de la coca. Existe la leyenda de que un indio ya viejo,



de los pocos que quedaban en la zona, les advirtió que sobre el pueblo caería una maldición por haber convertido “una planta sagrada en una mercancía sucia...” —Eso se oía por aquellos lados —cuenta Ismael Ospina, concejal de la Montañita. Profecía o no, la suerte de la Unión empezó a cambiar. —Era el sostén de muchas personas, el comercio aumentó y aunque nació mucho trabajo también llegaron los problemas. Las cantinas hicieron su agosto. Me acuerdo de que había un señor al que le decían ‘Bombillo’ que después de vender los morralados de pasta llegaba a tomar con fajos de billetes que tiraba al techo para que lo atendieran —relata Abelardo. Se desató la cultura del dinero fácil, con niños raspachines menores de 12 años que andaban con plata en los bolsillos, y muchos olvidaron sus cultivos tradicionales.

—Hubo gente que supo aprovechar la bonanza cocalera como un yerno mío que pudo comprar 500 reses y luego se salió de eso, pero la mayoría se bebía la platica y en un solo negocio llegamos a contar casi 140 canastas de cerveza en una sola noche —comenta impresionado don José. —En esa época molestábamos con que esto no debía llamarse la Unión Peneya sino ‘Peinilla’ porque las peleas de borrachos eran el pan de cada día. La coca fue un desvaradero para la gente pero a muchos se les metió el diablo y no supieron manejar las cosas —dice doña Evelia Hernández, una anciana que conoció al pueblo cuando este apenas nacía. La coca se utilizaba como dinero en efectivo y no faltaban los locales en los que cada artículo tenía su precio equivalente en ese producto. —Muchas mujeres se convirtieron en mulas para poder sacar droga y a mí me lo propusieron varias veces. Yo les respondía que no quería volver a quedar presa, que ya suficiente tenía con la cárcel de mi casa —bromea Crisanta Buitrago, una mujer ya mayor que vivió más de 30 años en el pueblo, y en cuyas palabras se percibe una crítica al machismo que aún se respira en la región.

Ante ese caos las Farc, que controlaban el negocio de la coca, impusieron una serie de normas: destierro o muerte para los ladrones, así como para los “sapos”, y multas para los infieles y parejas que armaran alboroto en público. Algunos hablan de las bondades de las jornadas de trabajo que organizaban una vez al mes y que consistían

en reunir a toda la comunidad para realizar labores como arreglar una carretera para poder sacar las mercancías. —Si uno era forastero no era tan fácil entrar. Al que llegaba lo estudiaban, le revisaban qué llamadas telefónicas había hecho. Tocaba pedir permiso para irse y si uno viajaba mucho a Florencia lo miraban con sospecha. A mí no me dejaron salir por tres meses en una especie de período de prueba —explica Heriberto Sánchez, quien llegó a la Unión en 2002 atraído por su buena economía para abrir una droguería. —Yo les dije: “camaradas, mi negocio está a su servicio”, esa era la única forma de sobrevivir allá —dice desde Florencia donde se radicó con su familia.

En la capital también vive Rosalba Olivera, hija del fundador, quien habiendo llegado al pueblo a sus 20 años, y echado raíces allí por más de tres décadas, no quiso retornar después de la huida masiva. Para ella ese fue el último golpe que pudo soportar: —La guerrilla me mató a una hermana que era presidente de la Junta de acción comunal de una de las veredas que hacen parte de la Unión, y a uno de mis 9 hijos cuando regresó de haber prestado el servicio militar —dice con los ojos llenos de lágrimas—. Me da mucho guayabo acordarme de él que allá nació, creció y estudió y allá mismo me lo quitaron. Lo que perdí con el desplazamiento con el tiempo pude recuperarlo, pero a mi niño no.

Las ruinas del cementerio son hoy testimonio del dominio del Frente 15. Todavía quedan en pie algunos restos del mausoleo de mármol que el comandante conocido como el ‘Mocho César’ levantó para honrar a los guerrilleros que morían en los enfrentamientos con el Ejército. Cuentan que andaba escoltado, que nunca sonreía y que por ahí pasó a Ingrid Betancourt el día en que fue secuestrada. Años más tarde murió en combate, poco antes de que la comunidad fuera desplazada. Su tumba se convirtió en sitio de peregrinaje. Hasta allí llegaban personas para pedirle milagros a cambio de una misa. Tal vez porque aún muerto seguían temiéndole; o porque tenían la esperanza de que los protegiera de los soldados oficiales —a los que llamaban chulos—, o de los paramilitares que se encontraban en las cabeceras municipales. Porque en la Unión nunca se ha hablado de buenos ni malos. —Con el único bando que estamos es con el nues-

tro —suelen decir. El sentimiento colectivo es que han cargado con rótulos que no les pertenecen.

—A mí los paracos me desaparecieron un hijo de crianza que me ayudaba con el negocio, porque supuestamente nosotros colaborábamos con la guerrilla. Sí, seguramente les vendíamos cosas, pero es que el que manda, manda aunque mande mal —aclara Linsadis. —Es cierto que acá había milicianos, pero aún el que no lo fuera, solo por ser de la Unión era tachado de guerrillero —asegura Heriberto. Según su testimonio el miedo se hizo mayor cuando el Ejército empezó a hacer sus incursiones, en una de las cuales habría capturado a 11 habitantes. —Los acusaron de rebelión y los metieron presos aunque después fueron saliendo de la cárcel porque no les comprobaron nada —comenta Crisanta. Para entonces ya todos estaban advertidos por las Farc: apenas se acercara el Ejército tenían que desalojar o de lo contrario se convertirían en objetivo militar. —Querían que nos mantuviéramos al margen de los soldados, que no les prestáramos ningún servicio—cuenta el concejal Ospina.

## LA HORRIBLE NOCHE

Aunque ahora nadie se inmuta, antes en la Unión Peneya el sonido de las hélices de los helicópteros funcionaba como una especie de alarma que hacía temblar a cualquiera. Y esa alarma interrumpió la misa dominical la noche del 4 de enero de 2004. Nadie recuerda el sermón del padre de esa ocasión, pero sí su expresión de temor cuando les pidió a los feligreses mantener la calma: —Nos dijo que si alguno quería irse para arreglar sus cosas en la casa se fuera tranquilo. Yo preferí completar mi misa —recuerda Crisanta. Pero lo que afuera se vivía era digno del juicio final. La gente gritaba y corría despavorida en todas las direcciones. Ella no pudo salir del pueblo porque en su casa se estaba hospedando una mujer embarazada que necesitaba reposo pues se había caído recientemente. —No me la podía llevar y me encomendé a Dios. Pero en la madrugada tocaron a la puerta avisándonos que teníamos que desalojar —recuerda. Al parecer se trataba de milicianos haciendo cumplir la orden. —Todo estaba oscuro y a mí me tocó montar a esta niña en un bus que venía

lleno para que fuera hasta su finca en un caserío cercano mientras yo seguía a pie. Pero en una parte del camino el bus tuvo que desviarse porque no cabía por la carretera y ella se bajó. Desde entonces se fue apoyándose de mi hombro y yo andaba a su paso, despacito, sin saber lo que iba a pasar. Luego nos encontramos con el padre que iba en su moto y nos contó que le había tocado buscar otra ruta porque habían cerrado el paso por muchas vías.

Linsadis, quien huyó con su esposo, su niño de ocho años y su hija que tenía un bebé de brazos, siguió al pie de la letra una rutina que ya había memorizado: —Como pensaba que esta vez iba a ser igual a las incursiones anteriores del Ejército en las que sólo se quedaba por pocos días, me quité los anillos y me puse la sudadera más vieja y las botas con la mentalidad de que iba a volver. Quién iba a imaginarse que me iba a tocar dejarme esas botas durante seis meses porque no tuve cómo comprarme nada más.

A nadie le dio tiempo de sacar sus ahorros que por la ausencia de bancos guardaban debajo del colchón, o escondían entre las paredes. En esa marea humana iban enfermos, incluyendo un ciego, el esposo de doña Carmen Cañadera, quien tuvo que llevarlo de la mano hasta llegar a la vereda de Los Andes. También dicen que en medio del alboroto una mujer dio a luz y que por el impacto a otra “se le fue la mente”. Así explica Mariela Torres la repentina pérdida de memoria de su mamá que no recuerda nada de lo que sucedió, y por eso es capaz de sonreír tranquilamente. —Eso fue un trauma muy duro para ella, y empeoró a los dos meses de irnos cuando mi abuela murió —dice. La mejor manera que el profesor de música Carlos Villa encuentra para describir la desesperación que vivieron esas primeras 24 horas es el número de personas que se montaron en su campero: —Le cabían 10 y se subieron 24.

Los de la Unión se dividieron rumbo a las distintas poblaciones aledañas en busca de un refugio seguro. Sin entrar en mayores detalles dicen que, presas del pánico, si en el camino alguno se tropezaba con soldados, inventaban alguna excusa para responder por qué habían decidido irse. —Llegamos a una escuela vacía porque era época de vacaciones y tumbamos las puertas a patadas para pasar allí la noche recostados en el suelo. Nadie pegó un ojo. Al día siguiente en una olla

que nos prestaron hicimos un sancocho de huesos de marrano, en una estufa improvisada con piedras al estilo paseo. Cuando íbamos a repartir la poca comida que teníamos me di cuenta de que no había platos. Pero había un perro, no sé de quién, que estaba listo para comer de su taza y yo se la quité y ahí nos servimos, turnándonos. El recipiente todavía existe porque una amiga lo guardó de recuerdo —relata el profe Villa, quien tiempo después, como todos los demás, se dio cuenta de que el Ejército había llegado para establecerse como parte del Plan Patriota de recuperación del territorio. Y mientras eso fuera así, la guerrilla no los dejaría retornar. Por eso, para ganarse la vida decidió unirse a una banda de Florencia, Los bacanes del sur, “famosos en la región por su éxito *El raspachín*, el himno de los coccaleros”.

A Abelardo Ortiz se le quiebra la voz y no puede contener las lágrimas cuando recuerda lo difícil que fue dejarlo todo atrás y tratar de buscar opciones en el Doncello. —Había días en que no provocaba ni vivir. Uno estaba acostumbrado a tener una vida buena, había mucho trabajo y nunca nos había faltado comida. Allá nadie lo conocía a uno, tuve que dedicarme a echar guadaña y lo poco que ganaba sólo me alcanzaba para el arriendo, que nunca antes había tenido que pagar, y para un caldo de papa o una tripa que compraba en la carnicería con 2.000 pesos.

Su situación mejoró un poco cuando consiguió varios encargos en construcción. Por su parte, Linsadis Romero dice que vio madres de familia rogando por las sobras en algún restaurante para alimentar a sus hijos pese a que nunca habían pasado hambre. Y otra de las habitantes, Mery Chavarro, quien es la secretaria de la Junta de acción comunal cuenta que la mayor humillación fue tener que pedir limosna después de haber perdido su cacharrería en la que trabajaba diariamente de 6 de la mañana a 10 de la noche, “y que me dejaba seis millones mensuales. Ahora me tocaba lavar ropa, cocinar, y lo que saliera. Pero nada más duro que el desprecio de mucha gente que nos decía que por qué no nos devolvíamos a nuestro pueblo”.

Y es que de todos los habitantes solo dos se negaron a abandonarlo. Entre ellos don Arturo Burgos, un abuelo de noventa y pico de años, y doña Paula Díaz, con 102, la más anciana de la Unión,

que se quedó esperando a que volviera su único hijo varón. Su hija octogenaria Francisca Bello no tuvo más remedio que acompañarla junto a su tataranieta. —Yo estaba pasando navidad en otra vereda y cuando quise volver con el resto de la familia no pudimos entrar. Luego ellas nos contaron que oían la plomacera y como les daba miedo que se destruyera su casa de tablas se pasaban calladitas a una de bahareque para que nadie notara su presencia. El Ejército se dio cuenta de que había gente cuando la niña se puso a hablar con la lora —recuerda su nieta Noelia Bello. Durante tres meses los soldados les llevaban provisiones pero solo las convencieron de montarse en un helicóptero y abandonar su casa cuando un cilindro de gas alcanzó el tanque de agua y lo destruyó. —Don Arturo se quedó viviendo en un ancianato de Florencia, pero mi abuela no quería morir en un lugar ajeno —comenta. Su sueño se hizo realidad cuando por fin regresó junto con los demás desplazados en enero de 2007. Dos años después pudo descansar en paz.

## HACIENDO HONOR A SU NOMBRE

—Muchos se preguntarán si vale la pena otorgarle el Premio Nacional de Paz a una comunidad que sigue enfrentando una problemática muy seria —señala el padre Darío Echeverri, presidente del jurado que este año otorgó el galardón, y continúa—: creo que así como el Nóbel de Paz a Obama fue un estímulo a sus políticas conciliadoras, esta distinción para la Unión Peneya es un reconocimiento para unas personas que dieron la respuesta más seria al fenómeno del desplazamiento: retornaron. Y con eso se convierten en un referente para otras poblaciones que desean recuperar una vida digna.

Más mérito aún porque aunque todos describen su regreso al pueblo con la expresión “volver a nacer”, el proceso para lograrlo “fue otro calvario”, como asegura el concejal Ospina quien para el momento del retorno ya se había convertido en presidente de la Junta de Acción comunal de Palestina, una de las tantas veredas aledañas a las que emigraron los desplazados. —Los líderes de la comunidad nos habíamos mantenido en contacto y éramos conscientes de que debíamos volver, que no podíamos dejar morir el pueblo —afirma.

Aunque de voz a voz habían escuchado que la zona estaba minada, que había enfrentamientos constantes en los alrededores y que no era seguro volver, en 2006 pensaron que ya había sido suficiente. Fue así como, con el respaldo de los campesinos de la región que se habían perjudicado con el cierre de un paso estratégico y su mayor centro de abastecimiento, organizaron una primera reunión con representantes de todos los caseríos. —Asistimos entre 300 y 400 personas y propusimos la creación de una comisión que hablara tanto con el Ejército como con la guerrilla para decirles que lo único que queríamos era volver sin represión y vivir en paz —agrega Ospina, quien hizo parte de este grupo negociador.

Paralelamente surgió otra comisión que nunca prosperó por las negativas de las Farc. —A través de contactos llegamos hasta donde el comandante de turno para preguntarle cuáles eran nuestras posibilidades de volver, pero salimos regañados. Nos dijeron que nos quedáramos quietos y que si el Ejército no salía no pensáramos en regresar pues no podían permitir que la población civil se enrolara con los militares —comenta Heriberto Sánchez, quien fue presidente de la Asociación de Desplazados.

Entre tanto ya habían organizado encuentros con distintas entidades del Estado para plantearles su situación. —Cuando nos dijeron que sí podíamos retornar, nos empezaron a hablar de mil requisitos que había que cumplir y nosotros ya estábamos cansados y muy heridos de parte y parte —recuerda Abelardo, quien también fue miembro de la comisión.

Pero gracias a su insistencia y después de muchos tropiezos —incluido el concepto de que las condiciones no eran aptas para el regreso—, sus planes empezaron a andar, aunque lentamente. Su primer gran logro fue que le permitieran al comité hacer una visita a la Unión para verificar las condiciones en que estaba el pueblo, en compañía de representantes de la Iglesia, la Defensoría del Pueblo, Acción Social y perros detectores de minas. Entonces también tuvieron una nueva decepción: —Cuando entré a la iglesia, hasta las heridas del Cristo eran más grandes. Lo habían perforado en busca de guacas —relata el padre Israel Betancur, porque en la que iba a ser su parroquia, la de Todos los Santos, ni estos se habían salvado del

deterioro y el saqueo. El panorama lucía más desolador por cuenta de los adornos navideños todavía colgados en medio de telarañas y los juguetes decapitados.

—A uno le da de todo porque quiere lo que tiene y no encontrarlo es muy duro. Pero lo peor fue decirle a la gente lo que habíamos visto. Como a doña Nelly, dueña de la cacharrería Leo, que tenía artículos de oro y plata y que estaba endeudada, y me tocó decirle que no quedaban ni las vitrinas. Por un tiempo su esposo estuvo mal de la cabeza por la noticia —admite Abelardo aún con tono de impotencia. Gran parte de la población señala a los soldados como responsables de la destrucción del pueblo para quedarse con “botines de guerra”, y hay quienes desde el exilio dicen haber visto salir del pueblo camiones con las pertenencias de la comunidad, uno de los cuales fue detenido por las autoridades en algún retén, y cuya carga habría sido decomisada. En la actualidad los desplazados esperan una indemnización, por lo cual “presentaron denuncias contra el Estado por presuntos actos de pillaje de los militares”, agrega el Defensor del Pueblo de Caquetá, Álvaro Castelblanco. Sin embargo, el Ejército asegura haber entrado al pueblo días después del desplazamiento y que antes bandoleros y milicianos tuvieron tiempo de hacerse con las pertenencias. Otros no saben qué pensar: —No es seguro quiénes lo hicieron, lo único cierto es que fueron unos dementes —concluye el sacerdote.

“¿Sí será La Unión capaz de reponerse de esto?”, era la pregunta que se hacía Ismael Ospina junto con los demás líderes de la comunidad. Después de varias fechas postergadas, la respuesta la obtuvieron el 27 de enero de 2007 cuando a las 5:30 de la tarde, más de 1.500 pobladores que conformaron la caravana de retorno volvieron a poner sus pies en el pueblo, después de 3 años, y 23 días... ese lapso inolvidable. La alegría de volver se mezcló con el llanto por lo perdido, por el pasado, por un futuro incierto. Y como recordando a los primeros pobladores que de la nada construyeron el pueblo, juntos y equipados solo con su voluntad, palas, cemento y ladrillos, niños y adultos en cuestión de semanas pusieron en pie más de 40 años de historia. —Esa fue la prueba de que aunque en el Caquetá se construyeron muchos pueblos de paso, ese no fue el caso de la Unión Peneya pues el arraigo de sus habitantes no se rompió ni con



el desplazamiento —asegura Neruda Díaz que con el equipo de Fundacomunidad ha logrado que ONG internacionales se interesen en apoyar proyectos de la comunidad.

—Estamos empezando una nueva vida —dice Arlex Gómez, actual presidente de la Asociación de Desplazados. Precisamente por eso reconoce que en este camino que han emprendido las dificultades continúan, especialmente por la erradicación de cultivos ilícitos. —Muchas familias de las veredas de la Unión han quedado en la ruina y por eso esperamos ayuda con proyectos alternativos que sean rentables. Después de todo tenemos que acordarnos de los viejos tiempos, de la cultura de cultivos tradicionales cuando nadie se moría de hambre —explica con optimismo. Eso sí, hablan de la necesidad de mejorar el estado de las vías para no estar tan aislados y así poder sacar sus productos sin que sea tan costoso.

Por si fuera poco, según cifras de Acción Social, ha habido siete víctimas de minas en las veredas vecinas en los últimos 12 meses. Y algunos comentan en voz baja que la guerrilla aún ejerce presión y amenazas para que la población no se una a los programas de desarrollo de esta entidad de la Presidencia. Pero aunque no es fácil después de haber tenido por décadas a las Farc como única autoridad, se les notan las ganas de confiar en un Estado que hasta ahora están conociendo.

El padre Israel concluye que “independientemente de los tropiezos, cuando la gente lucha por un mañana mejor ya está trabajando por la paz”. Eso es lo que todas las tardes recuerda la banda de la Unión integrada por jovencitos entre 10 y 15 años. Su conservatorio es un potrero en el que quedan vestigios de una obra que nunca se concluyó, donde las piedras y bloques de cemento hacen las veces de atriles para leer las partituras. —Empezamos con un tambor dañado y una trompeta desafinada con la idea de ofrecerles opciones de entretenimiento a los más jóvenes —comenta su director, el profe Villa, quien después de trabajar en su negocio de productos veterinarios se dedica a demostrar con la música que algo bueno puede surgir de las dificultades.

Pronto esperan ensayar en el centro comunitario cultural que se planea construir con los recursos del Premio Nacional de Paz,

con nuevos instrumentos que en parte han recibido de donaciones. Así seguirán enorgulleciéndose de ser los mejores embajadores del pueblo cuando se presentan en festivales folclóricos en los distintos rincones del municipio. Porque los miembros de esta banda de paz conquistan a quien los oiga: Wilfran y Juan Pablo con su estilo ceremonioso de tocar el bombo y el redoblante, Jeison por la concentración que le imprime a hacer sonar sus platillos, su tocayo Jeison y Eiber porque sus pequeños cuerpos parecen gigantes cuando soplan sus trompetas, y Carlos y Dana cuando dejan escapar sonrisas mientras tocan el clarinete y el saxofón.

A las seis de la tarde cuando cae el sol y terminan sus ensayos, estos artistas se van a sus casas al ritmo de *El negrito del batey* o *Lucerito*. Y con cada acorde que tocan por el camino hacen pensar que definitivamente la esperanza también está retornando a la Unión Peneya.